

La memoria
es un
pájaro
que emigra

Flor Aguilera N.



Lilian Bello Suazo, ilustradora

Barcos de Papel
Serie VELAS AL VIENTO



La memoria es un pájaro que emigra

Barcos de Papel / serie Velas al Viento

La memoria
es un
pájaro
que emigra

Flor Aguilera N.



EDICIONES LA RANA

Diseño de cubiertas e interiores: Tonatiuh Mendoza

Ilustradora: Lilian Bello Suazo

Versión electrónica: Virginia Díaz Martínez

Del texto:

© Flor Esther Aguilera N.

De las imágenes:

© Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato

De esta edición:

D.R. ©  EDICIONES LA RANA

Instituto Estatal de la Cultura

Callejón de la Condesa núm. 8

36000 Guanajuato, Gto.

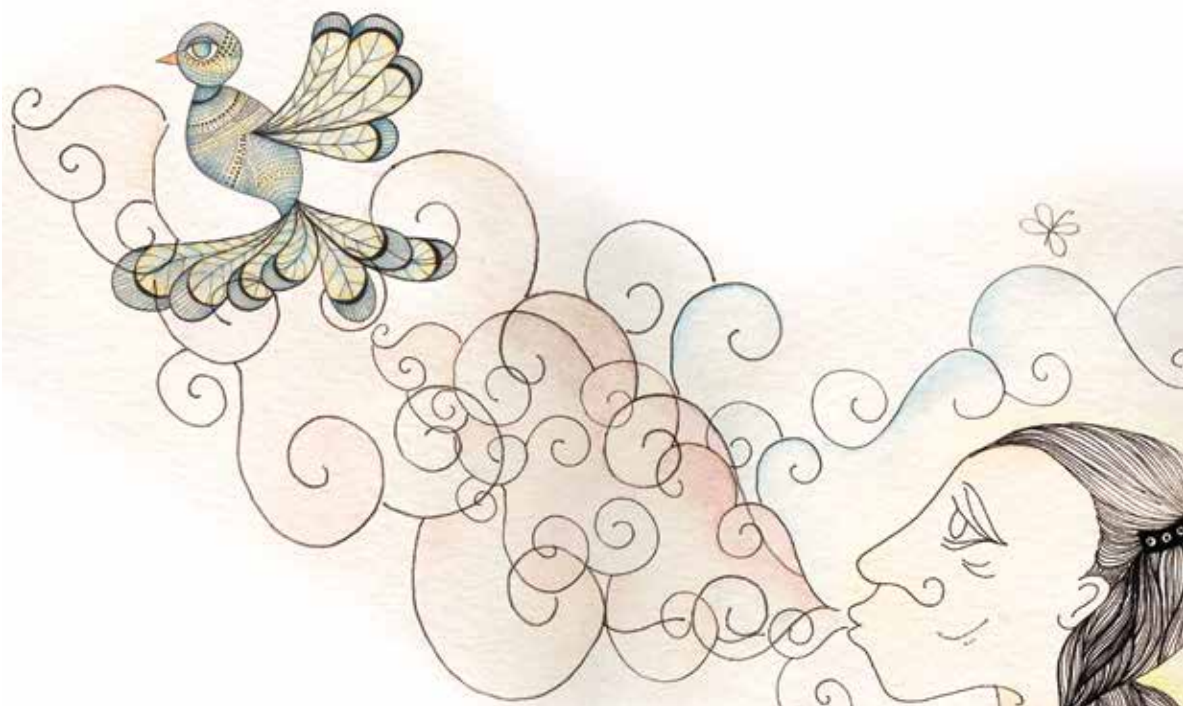
Primera edición en la serie “Velas al Viento” de la colección *Barcos de Papel*, 2015

Primera versión electrónica, 2020

La memoria
es un

pájaro

que emigra



*Para Sabina, mi niña dulce
que también anida sus recuerdos*

*Para los abuelos que dejaron su memoria
volando como pájaro viajero*

*Para mi familia, que estando lejos
siempre está cerca*

Para Paloma, la niña que fui



1. MAMAÍTA Y LOS RECUERDOS

LOS RECUERDOS DE MAMAÍTA ERAN GRANDES. Siempre que la escuchaba hablar de ellos pensaba cómo en una persona tan chiquita, de brazos y piernas tan menudas, podía caber tanta memoria. Comenzaba a contar algunas veces la historia de su primera máquina de coser, de cómo se la había ganado con tan sólo hacer las letras bien redondas. Después de cuando eran pobres y vivían en una hacienda bien vieja y destruida. Ya luego de cuando se hicieron ricos y su mamá vendía pieles preciosas para la gente de mucho dinero. Me encantaba escuchar la historia del primer carro que la trajo desde México. Decía que la gente se asomaba a la calle para mirarlas con asombro. Cuando se cansaba de hablar se quedaba dormida, siempre con su radio de madera junto a ella, que ponía encima de una silla tejida de palma, de ésas que decían que traía la gente de Paracho. Yo me quedaba mirándola, abría los ojos bien grandes, como cuando mi mamá nos compraba enchiladas para la hora de la cena, pero no encontraba nada raro, nada que me dijera por qué Mamaíta estaba tan llena de cosas del pasado.

Al día siguiente me llamaba en secreto, con su diminuta mano morena me hacía una seña. Ella y yo entendíamos bien las cosas, por eso sólo bastaba que moviera su mano para que yo comprendiera:

—Mira, mi niña —me decía—, hoy sólo te voy a contar de cuando mi general Zapata llegó a la hacienda para entregarle una carta al amo, pero primero ve a la tienda de los Mosqueda a traerme unos faritos.

—¿Vas a fumar otra vez, Mamaíta?

—Sólo un poquito... y le dices a don Rubén que te dé bien el cambio, que ya sé que es bien trácala el condenado.

Salía a la calle disparada, a veces por la prisa tiraba las macetas, y mi tía Lupe, que también vivía con Mamaíta, me gritaba palabrotas que escuchaba toda la gente del vecindario. Pero a mí siempre me daba risa... ¿por qué se enojarán tanto las personas grandes? Dice mi mamá que cuando los niños crecen se hacen enojones, que ya no les gustan las paletas ni jugar al aeroplano. Por eso cuando era de noche me arribaba bien cerquita a *Payaso* para confesarle que yo nunca crecería, y me respondía muy contento con un maullido. Los gatos son muy inteligentes, y también recuerdan todo bien clarito, como Mamaíta.

2. LA TARDE QUE LLEGÓ el general Zapata

—MAMAÍTA, ¿y quién era ese señor Zapata que dices?

—Cuando vayamos al museo de cera te lo voy a enseñar, y me voy a parar enfrente de él y le diré “a sus órdenes, mi general”. Porque mira, aunque era muy flacucho y charrrito, hizo cosas muy importantes; por ejemplo, repartió la tierra de los amos, y por eso tenemos ese campote donde sembramos el maizal.

—...y la huerta donde sembraste las guayabas, Mamaíta.

—Sí, y donde crecen las limas, los higos, las naranjas y los limones.

—Pero ese señor Zapata a qué fue a la hacienda, ¿tú vivías en una hacienda?, ¿a poco eras rica?

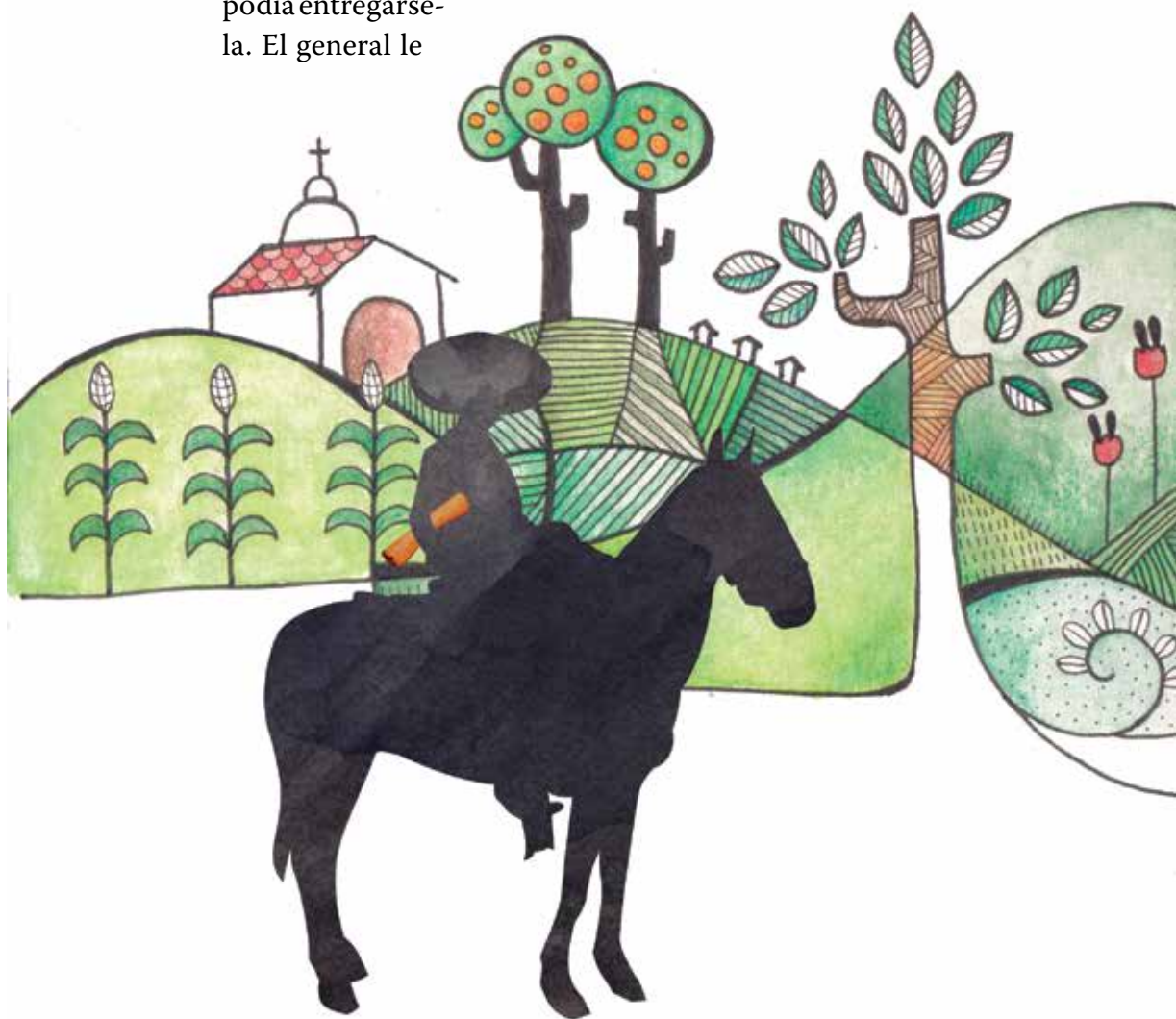
—Haces muchas preguntas, espera que te las responderé todas... pero a ver, pásame primero los cerillos que voy a prender mi farito.

—Cof... cof... cof... ese humo no me gusta nadita, apesta mucho y muy feo, peor que cuando quema mi abuelo Julián el pasto de la parcela... Mamaíta, ¿yo creceré un día? Si crezco quiero ser como tú, no como tía Lupe, que le gusta escuchar escondida detrás de la puerta. Ah, ¿pero sabes qué?, si crezco no quiero fumar, cof... cof... cof... hasta me lloran los ojos.

—Claro que crecerás, y sí, es mejor que no te guste fumar, es un vicio muy caro.

—Y apestoso, Mamaíta...

—Bueno, ¿vas a querer que te cuente del general Zapata? Mira, él iba montado en su caballo alazán, llevaba un papel muy dobladito en las manos, dijo que era una carta para el amo. Mi mamá le dijo que el amo no estaba, que se había ido quién sabe a dónde, pero que si volvía ella podía entregársela. El general le



dijo que sí, que le dejaba la carta sólo porque mi mamá tenía cara de entender la Revolución. Yo me quedé muy atenta escuchando todo, y veía al general bien grandote montado en su caballo. Su cara era muy seria, y tenía unos ojos como de tristeza. A lo mejor porque donde pasaba la Revolución dejaba muchos muertos. A lo mejor.



—¿Y qué
decía la carta, Mamaíta?

—Pos qué íbamos a saber nosotras, si todavía ni sabíamos leer. Además, ¡cómo crees que íbamos a abrir esas cartas tan importantes de la Revolución!

Mi mamá me dijo que me arrimara a tomar la carta cuando el general Zapata estiró la mano para entregárnosla. Entonces muy serio le dijo a mi mamá: “¿y esta chamaca cómo se llama?” Mi mamá rápido me dijo: “Juana, dile al señor cómo te llamas”. Pero a mí me dio risa, porque ya para qué le decía si mi mamá ya le había dicho mi nombre. “De qué te ríes, Juana, anda y dile tus generales al señor Zapata.” Cuando volteé a verlo me dijo: “¿A poco también vas a ser revolucionaria?”. Me dio pena, pero me atreví a decir que si me daba unas cananas sí me iba.

—¿Te fuiste a la Revolución, Mamaíta?

—No, qué va, si ni tenía pistola, ¿a poco me iba a ir nomás a hacer tortillas? Porque decían que así traían a todas las mujeres, a puro andar y hacer gordas en el camino. Eso le dije al general Zapata, y aunque tenía ojos tristes soltó una risotada. Yo no me voy a olvidar de esa carcajada de Zapata, porque las cosas que a uno le llenan el corazón no se olvidan nunca. Lo que yo quería era manejar una carabina 30-30, aunque me pesara un demonial, aunque me cansara en el camino, que al fin me iba a hacer de un caballo algún día... Pero no, no me fui a la Revolución, estaba muy chica. Eso sí, con la chiquillada jugábamos a ver quién contaba más muertos colgados de los árboles. Era triste, pero no lo notábamos. Así que mejor me quedé con mi mamá para llevarle la carta al amo.

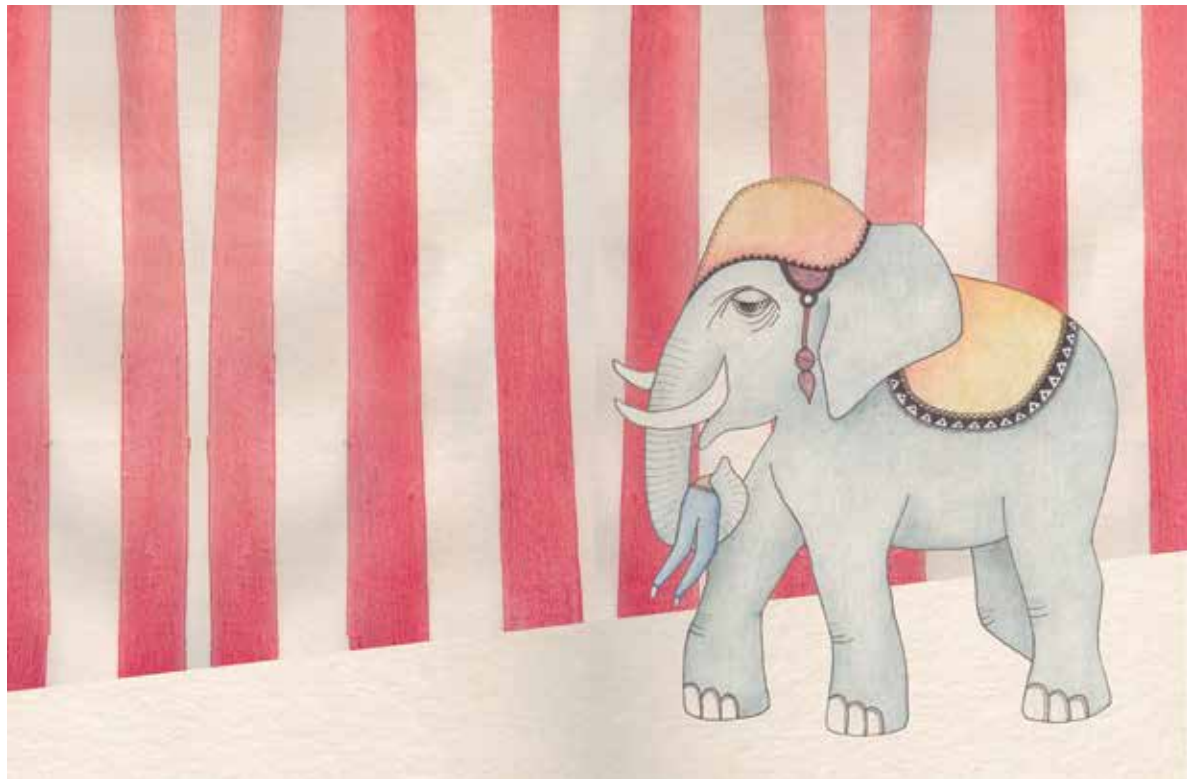
—¿Y qué dijo el general Zapata?, ¿no se enojó porque no te fuiste con él?

—No, pos si él no se llevaba a la fuerza a nadie, menos a las mujeres, como dicen que lo hacían otros revolucionarios. Él sólo me dijo que no olvidara enseñar a todos a respetarme,

y yo moví para un lado la cabeza. Mi mamá le dijo que le entregaría la carta al amo, pero antes de que se fuera le iba a entregar un presente. Y llevó al general Zapata a un cuarto oscuro, donde había muchas cosas viejas que tenía el amo en la caballeriza. ¿Y qué crees que había ahí dentro, entre los tiliches y las sillas viejas de montar? ¡Purititas barras de oro! ¿Sabes qué le dijo el señor Zapata a mi mamá?: “No, pos esto sí que va a engordar a la Revolución”.

3. LA CARTA PARA EL AMO

MAMAÍTA TENÍA MEMORIA DE ELEFANTE. Un día le pregunté a mi mamá si era cierto que los elefantes tenían una memoria tan enorme, como de hoyo profundo. Ella me dijo que sí y me contó una historia: “Hace muchos años, cuando yo era niña y tu Mamaíta se ponía a platicar con los ‘otomites’ del pueblo, vino un circo muy famoso, que traía muchos animales enjaulados. En especial traía a un elefante, ¡la estrella del circo! Toda la gente quería verlo y conocer ese enorme animal que sabía pararse en dos patas. Señores, señoras, niños, ancianos, todos se amontonaron para verlo. Como el elefante no le hacía caso a nadie, ni saludaba con su trompa tan larga que tenía, un señor le comenzó a aventar piedras, una tras otra, hasta dejarle unas manchitas rojas y negras en su piel rugosa. El elefante, entonces, se enojó mucho, pero como estaba encadenado no pudo hacer nada y se quedó con su enojo. Tiempo después, ya cuando habían pasado muchos años, ese mismo circo volvió al pueblo. La gente de nuevo quiso ir a verlo, y de nuevo se amontonaron todos para reconocer al mismo elefante, que seguía igual de arrugado que antes. En la función de la noche se presentó con grandes aplausos de la gente. Pero el elefante no podía concentrarse bien, porque recordaba que en ese mismo lugar un señor le había reventado unas piedrotas en su cara y piernas. Cuando estaba a punto de hacer el famoso número



de las dos patas, el elefante alcanzó a reconocer al señor que lo había apedreado, y en lugar de hacerle caso al domador corrió hasta las gradas donde estaba el señor malvado, y de un bocado se lo comió. ¿Ves? Los elefantes no olvidan nunca, por eso cuando veas a uno mejor salúdalo bien antes de hacerle algún gesto”.

Por eso digo que Mamaíta tenía memoria de elefante, porque recordaba todo, todo, todito. A veces también recordaba las cosas que la ponían triste, por eso se limpiaba sus ojitos con la punta de su rebozo.

—Mamaíta, ¿tú conociste al amo?, ¿era malo?, ¿a poco también tenía tienda de raya?

—En la hacienda todos lo conocíamos, le alcanzábamos a ver las botas cuando pasaba al galope en su caballo, cuando iba a revisar que la gente estuviera haciendo su trabajo y no bebiendo pulque. Ah, pero no era un señor malo, como dices, él era bueno porque le daba a mi mamá su buen cuarterón de maíz pinto.

—¿Y la carta cuándo se la entregaron?, ¿supiste qué decía? A lo mejor algo muy importante, que se rindiera, que se fuera lejos, que repartiera tanta tierra de sembradío, o a lo mejor que se uniera a los de la bola...

—Mira, al día siguiente mi mamá se puso su rebozo, se cubrió toda la cabeza con él y salió conmigo de la mano a buscar al amo. No querían dejarnos pasar a verlo, ¡como no llevábamos zapatos!, pero mi mamá le dijo que era algo de mucha importancia, llevaba un recado del general Zapata que sólo se lo diría a él en persona. Después de muchos ruegos y de haberle avisado al amo, él nos permitió entrar a su casona que tenía en la Ciudad de México, porque sí te dije que nosotros vivíamos allá, ¿verdad? Cuando entramos al cuarto donde estaba el amo lo encontramos llorando a mares, y en cuanto vio a mi mamá le dijo que ahora sí estaba bien fregado, que había perdido toda la riqueza que tenía nomás por la Revolución esa. Ella le dijo que tenía una carta para él, que el mismo general Zapata le había encomendado entregársela en persona. La recibió, la tomó con un poco de miedo, pero la guardó en su chaleco de ranchero fino. Entonces mi mamá le confesó algo que hasta a mí me dejó con la boca abierta: “Mire, amo, ya no llore más que usted no quedó tan pobre como dice, pues yo le dejé bien escondida la mitad de su oro, allá detrás de la noria. La enterré

sin que nadie me viera, así que no se apure que ahí estarán sus barrotas de oro esperando, ya cuando pase toda esta revuelta”. El amo engrandeció sus ojos y mandó traer dos jarrones de atole con tamales.

—¿Y de qué eran los tamales, Mamaíta? Ya me dio hambre...

—Ah qué muchacha, de eso sí que no me acuerdo, pero yo creo que de puro chile porque entonces no había tanta carne como ahora...

—¿Cómo ahora? Si comemos bisteces cada mil años...

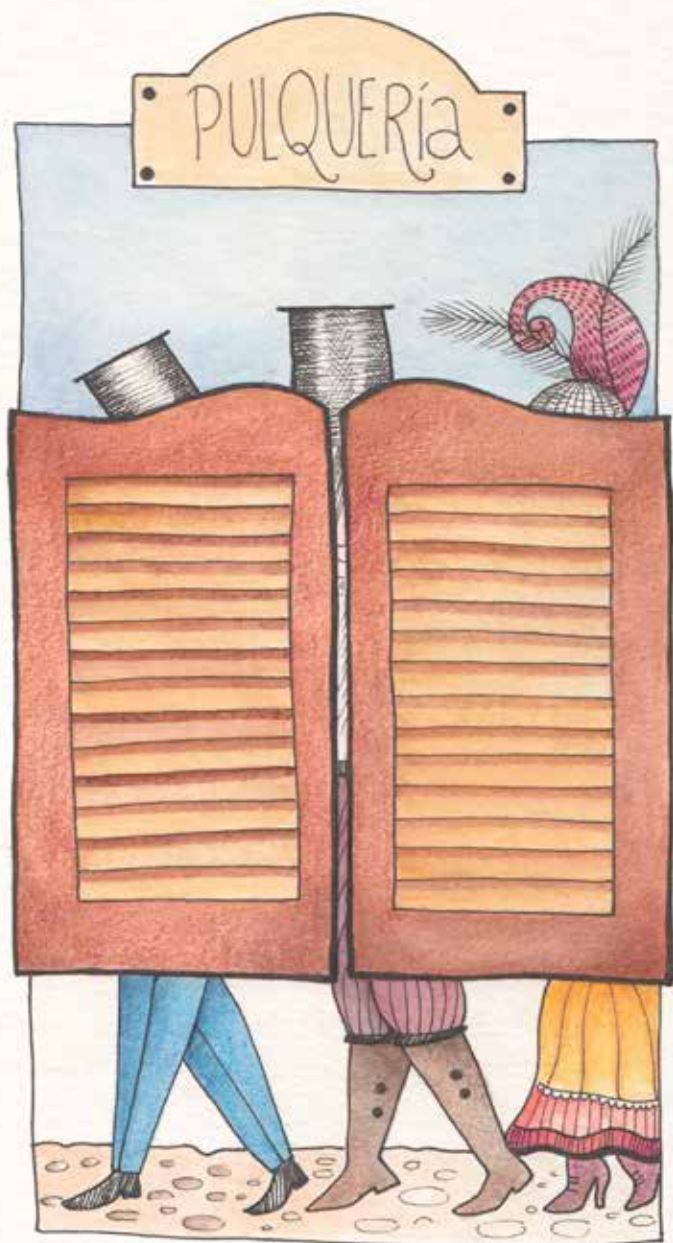
—Bueno, bueno, la cosa es que el amo quedó muy agradecido con mi mamá, y hasta le prometió que cuando pasara la dichosa Revolución, que era un puro relajo de idas y venidas, le pondría una buena pulquería en el mero centro de la ciudad, para que fueran todos los señores a dejar ahí sus centavos.

—¿Y le cumplió el amo, Mamaíta?, ¿a poco tu mamá servía pulques a los borrachos?

—No hables así de los señores, que nomás tomaban su pulquecito cada domingo, cuando salían de misa... Bueno, a veces también otros días de la semana, pero era porque les gustaba mucho, no porque fueran borrachos.

—Ay Mamaíta, ahora sí me hiciste reír, hasta me duele la panza...

—Muchacha canija, te voy a lavar la boca con jabón y escobetilla para que no se ande riendo de mí... Bueno, ¡como sea!, pero el amo sí le puso su pulquería a mi mamá, en el mero centro de la Ciudad de México, donde veíamos a puro catrín que miraba con malos ojos para dentro. Lo malo fue que mi mamá conoció ahí a un hombre malo que la enamoró



con engaños. Lo único que le dejó fue un montón de hijos, y se acabó todita la pulquería en pura parranda.

—Mamaíta, ¿y de nuevo se hicieron pobres?

—Pos sí, pero lo bueno fue que el amo le permitió a mi mamá, y a todos sus chamacos, que nos fuéramos de nuevo a vivir a la hacienda, que era un puro caserón derruido, un puro cascarón a punto de derrumbarse. ¿Ves? Te digo que el amo no era malo, sabía ser gente de a de veras.

4. DE NUEVO A LA HACIENDA

CERCA DE AQUÍ HABÍA UNA HACIENDA, era muy grande y tenía ventanales de muchos colores que brillaban con el sol. Claro, nosotros alcanzábamos a ver sólo un poquito, por entre algunos agujeros de las paredes que dejaron las balas de la Revolución. A veces nos aventurábamos más y nos asomábamos cuando abrían los portones, pero los señores eran muy enojones y nos veían muy feo desde sus carros lujosos. Por eso nada más pasábamos rápido, y mejor corríamos contentos a la fábrica de dulces, donde los trabajadores nos regalaban unas bolotas deformes de puro caramelo sabor cereza con chicle por todos lados. Decían que era el dulce que no ocupaban, el desperdicio de todos los días. A nosotros no nos importaba, al fin nos sabían igual de ricos que si vinieran en envoltorio, comprados en la tiendita de la esquina, o con los Mosqueda.

Cuando pasaba por esa hacienda, rumbo a la fábrica, me quedaba parada enfrente y pensaba en Mamaíta. ¿La hacienda donde vivía cuando era chica estaría igual de grande que ésta? Siempre pensaba en esto. ¿Por qué los niños pensamos tanto en las personas que más queremos? A lo mejor porque las personas que más queremos se van muy pronto, ¿a dónde?, mi mamá no me ha querido explicar mucho, sólo dice que al cielo, pero yo no entiendo completamente. Pero si las personas se van al cielo, ¿a dónde se va su memoria?



—Mamaíta, ¿y en esa hacienda vieja había víboras peligrosas?

—Sí, unas grandotas, pero antes de que nos picaran nos las comíamos. Mi mamá las asaba con chile de molcajete.

—¿Se comían las víboras, Mamaíta? Yo no me las comía ni aunque me compraras un refresco.

—No teníamos de otra, porque a veces no teníamos ni un poco de maíz para hacer tortillas. Mi mamá tenía que ingeniárselas para darnos un taquito por la tarde. Digo mi mamá, porque el señor con quien se casó no nos daba nada, menos a mí que no era su hija. Era flojo y siempre andaba vagando en las calles del centro de la ciudad.

—¿Y por qué tu mamá se casó con ese señor, Mamaíta?

—No sé, a lo mejor porque las mujeres se casan sólo pensando en no estar solas.

—¿Tú te casaste con el abuelo Julián sólo para no estar sola con tus hermanos?

—No, yo me casé porque tu abuelo me gustaba mucho, y porque el bribón me llevó con engaños. Me dijo que iba a haber una reunión de ejidatarios, y que era muy importante que fuera si quería de verdad un buen pedazo de tierra para el sembradío. Le dije que sí iba, y me montó en su caballo, pero no había nadie, ninguna reunión y ningún ejidatario. Entonces me llevó lejos, a una casita muy pobre, y ahí me quedé con él hasta que por fin nos trajo a esta casa.

—Mamaíta, ¿y cuánto tiempo estuvieron viviendo en esa hacienda destruida?

—Muy bien no me acuerdo, pero sí fueron algunos años, hasta que un día pasó algo increíble, que si te cuento no me la vas a creer.

—Mamaíta, sh.. sh.. sh... habla bajito que ahí está de nuevo la tía Lupe escuchando detrás de la puerta. Veo su sombra reflejada en el vidrio. Quiere saber qué tanto me cuentas aquí a escondidas. ¡Pobre tía Lupe tan metiche! Esperemos un ratito a que se vaya.

—Ya se fue, ahora sí volvamos en lo que estábamos. Te decía que pasó algo increíble en esa hacienda. Mi mamá estaba lavando ropa. Nosotros estábamos jugando en un viejo pilar a punto de caerse. Mi mamá nos decía que nos alejáramos, que ese pilar se caería y nos aplastaría las patas. Pero nadie le hacía caso. Todos seguíamos jugando una ronda alrededor de ese pilar viejo. Y entonces pasó lo que mi mamá ya nos había advertido, ¡se cayó el pilar y por poco nos aplasta! Soltó un polvaderón por todos lados, todos tosimos durante mucho tiempo. Cuando se despejó el polvo y pudimos ver qué había quedado del pilar, ¿sabes



qué encontramos?, ¡algo maravilloso! Pero todavía algo más maravilloso lo que había dentro...

—¿Y qué era, Mamaíta?

—¡Una inmensa olla con tremendas barras de puritito oro!



5. LA NOTICIA DEL ORO

—NO CREAS QUE LAS BARRAS DE ORO estaban brillantes. Más bien estaban negras, como llenas de ceniza, pero mi mamá que ya conocía el oro del amo supo reconocerlas. Apenas las vio se puso su rebozo y me tomó de la mano para ir a avisar al amo, pues a fin de cuentas era el dueño de la hacienda.

Recuerdo a Mamaíta con su farito sostenido en su mano menuda, con el bulto de la cajetilla de cerillos en su mandil verde de cuadritos blancos. Pero lo que más recuerdo es su manera tan simpática de peinarse: se estiraba el pelo muchísimo, en un colita de caballo apuntando hacia arriba; para atarse el pelo sostenía una agujeta negra con la boca para luego darle vuelta varias veces alrededor de la cola de caballo levantada. Me daba mucha gracia verla haciendo malabares para que quedara su peinado impecable, sin ningún pelito fuera.

Siempre tengo presente el día que decidí quedarme a vivir con ella. Mi mamá me puso mi ropa en una cajita de cartón: dos vestiditos floreados, un pantalón rosa claro, unas pequeñas playeras para el tiempo de calor y algunos calcetines y calzones. Llegué cargando la caja a la casa de Mamaíta. La tía Lupe me recibió con asombro, pero no dijo nada. Yo sospechaba que tramaba un plan cruel para impedir que Mamaíta me siguiera contando sus historias. No importaba mucho porque sabía que el poder de la memoria

era más fuerte, y que nada impediría que continuáramos con nuestro viaje hacia el pasado. A pesar de saber esto me prometí investigar qué tramaba la tía Lupe y conocer bien sus planes macabros, y con algún conjuro que inventaría los desaparecería para siempre.

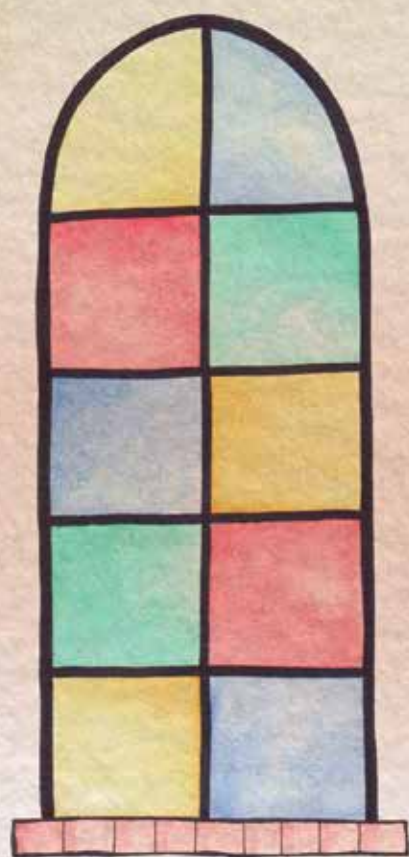
—Mamaíta, ¿por qué fueron a llevarle el oro al amo? Él entonces se quedaría con todo. Los sacaría de su hacienda para seguir buscando más barras.

—Te digo que el amo no era malo, pues seguía muy agradecido con mi mamá por haberle salvado la mitad de su fortuna. Cuando llegamos nos recibió sonriente. Nos ofreció calabaza dulce y un atole de masa muy rico. Pero mi mamá tenía prisa por darle la noticia que de seguro lo haría bailar de contento. Mi mamá llevaba una barra envuelta en su rebozo, y cuando se la mostró nos dijo que antes que nada debería limpiarla para estar seguro de lo que era. Mandó traer un trapo y un aceite especial para limpiar metales. Cuando terminó de limpiarla brotó una luz increíble que casi me deja ciega. Por fin estábamos todos seguros de lo que era: ¡puro oro de a de veras!

—¿Y qué hizo el amo, Mamaíta?

—Le habló muy serio a mi mamá, y le dijo: “Este oro tú te lo encontraste, es tuyo. Fue tu suerte, no la mía, así que debes quedarte con todo”. Mi mamá se quedó con la boca abierta, no sabía qué responder, pero el amo continuaba: “Ahora hablamos de igual a igual. Ahora eres rica y deberás vivir entonces como rica. Dejarás la hacienda vieja y te vendrás a vivir a alguna casa acá en el centro de la ciudad, ya no más a las afueras, que allá no hay escuela para tus

hijos. Pero debes cuidar muy bien el dinero, poner algún negocio que te reditúe... Ah, y algo muy importante que debes saber: yo al dinero enterrado le tengo miedo, dicen que trae desgracias, así que te debes mantener alerta por si notas algún cambio extraño ya cuando seas rica". Mi mamá no comprendía lo que el amo le decía, pues no entendía qué de malo podían tener unas simples barras, enterradas quién sabe desde cuándo. En fin, ese día fue una gran sorpresa: de ser muy pobres ahora pasamos a ser una familia de nuevos ricos. El amo se dejó la barra, pero le dio a mi mamá muchísimo dinero. Con él compramos ropa para todos, ¡hasta zapatos para cada uno! Mi mamá compró mucha comida, fruta y hasta carne. Cuando regresamos todos estaban contentos. No podían creer que mi mamá llegara tan cargada con tantos regalos. ¡Eran los regalos que jamás creímos ver en nuestra vida!



6. LA CASONA EN LA Ciudad de México

MAMAÍTA, quisiera que estuvieras aquí de nuevo. Dice mi mamá que con cada recuerdo tuyo hago que regreses, pero te busco y no te encuentro. A veces, cuando estoy jugando a la cuerda o al resorte en la calle, con ese niño que tanto golpea y humilla su papá, creo imaginar que vienes caminando a media calle, cargando en la cabeza una bolsa de comida para nosotros. Entonces, aunque sea mi turno, dejo todo, pero no eres tú, sólo una señora pequeña y morena que se parece a ti. ¿Dónde habrán quedado todas tus historias? ¿En qué lugar de tu casa se habrán quedado escondidas? Cuando más me pongo triste voy a buscarlas. Abro ese baúl azul donde mi abuelo Julián guardaba sus dulces, pero no hay nada, sólo un fuerte olor a naftalina que me pone todavía más triste. ¿Por qué la muerte se lleva todo?, ¿se habrá llevado también la memoria de Mamaíta? ¡Por eso yo nunca me moriré! Quiero tener mi memoria siempre conmigo...

—Mamaíta, ¿era grande la casa a donde se fueron a vivir?, ¿de verdad se convirtieron en una familia rica?

—No era una casa, ¿era una casona! Ahí tuvimos todo, vestidos lujosos, una biblioteca y hasta un gran piano de cola. Ya no había Revolución entonces. El general Zapata había muerto. Sólo me quedaba su recuerdo, y mi coraje por no haberme ido con él a la Revolución. Algunas personas

decían que había hecho una lucha justa, por tan malos tratos que tuvimos todos. Mucha humillación y hambre. Pero mi mamá me decía que una jovencita no debía tener opiniones sobre eso, que mejor me apurara a mi costura y a mis clases de canto y piano. Sabía que ella no tenía razón, si tenía algo que decir lo diría, me costara lo que me costara. Así como tú lo haces ahora, que eres una niña habladora y peleonera cuando las cosas no te gustan.

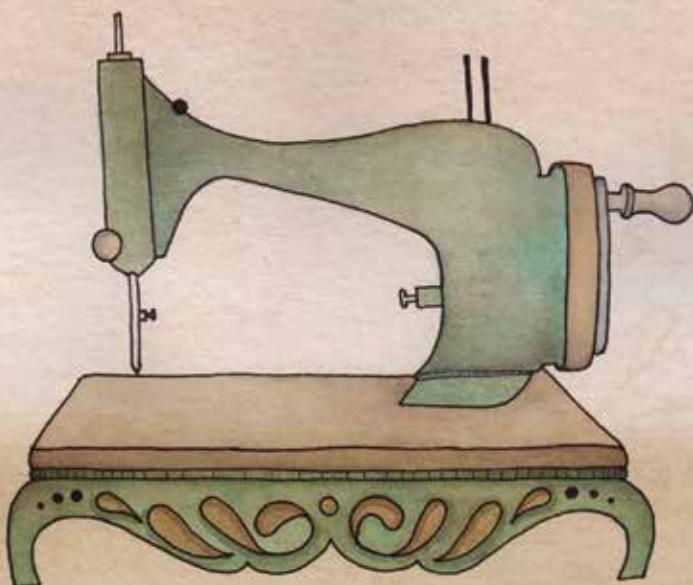
—Lo que pasa es que hay muchos niños que viven muy tristes. Frente a la casa hay un niño al que su papá siempre le grita cosas muy feas cuando estamos jugando. En la escuela, un niño que siempre golpea a Armando y escupe sobre la cabeza de Alicia. ¿Por qué las cosas tienen que ser así, Mamaíta? A mí no me gusta nadita, por eso siempre los defiendo y se me ponen calientes las orejas de enojo. ¡La injusticia debe ser una cosa que hierve en la barriga!

—Así debes ser siempre, como me dijo el general Zapata: enseñar a todos a que nos respeten.

Todavía escucho tus palabras, Mamaíta, las tengo bien cerquita de mí, más cuando es de noche y me meto a la cama con *Payaso* para que me caliente un poco. Los gatos son calientitos, Mamaíta, como tus recuerdos.

—¿Y aprendiste a tocar el piano, Mamaíta?

—No sólo eso, aprendí a cantar ópera y a bordar colchas finamente, por eso siempre bordé una “J”, de Julián y Juana, en las fundas de las almohadas. En la escuela nos enseñaban catecismo, pero también leíamos algunos libros importantes. Lo que más me gustaba era aprender a hacer



cartas con buena letra. Todos mis hermanos y yo aprendimos muy bien a leer y escribir. Como era la mayor, debía cuidar que mis hermanos hicieran bien sus tareas. En esa casona fuimos muy felices. Mi mamá de repente se había puesto muy bonita, con sus vestidos tan largos y sus rebozos brillantes. Era muy trabajadora e inteligente. Puso una gran tienda de pieles preciosas, muy lujosa, a la que iba pura gente

importante de México. Una vez llegó a la tienda la esposa del señor presidente Emilio Portes Gil, ¡y compró muchos abrigos muy finos!

—Los compró con el dinero del pueblo, Mamaíta, porque así son los políticos... como el presidente de aquí, que se compró una casota con árboles grandes.

—Tienes razón, pero mejor no hablemos de eso. Te seguiré contando del tiempo en que vivimos en la casona, de cuando fuimos todos felices, de cuando mi hermana Celerina todavía no era ciega y era la que mejor cantaba, de cuando mi mamá me regaló mi máquina Singer y que es en la que todavía te hago tus uniformes, de cuando me gané el primer premio por ser la estudiante más lista, de cuando mi mamá nos compró un automóvil negro muy lujoso... Uy, de verdad fuimos felices ahí, hasta el día que tuvimos que salir entristecidos porque ya nunca más estaría mi mamá con nosotros.

7. LA PÉRDIDA DE TODO

ESTA TARDE ES ABURRIDA. Sin Mamaíta las plantas ya no me gustan, no tengo ganas de regarlas, aunque mamá me diga que si no las riego ellas se pondrán tristes por mi culpa. Sé que mamá adora las plantas, cree que tienen una voz pequeña que sólo pueden escuchar quienes las aman. Sé que ella olvida sus tristezas regando los helechos, o quitando las hojas secas a los geranios, pero yo hoy no tengo muchas ganas de cargar la cubeta llena de agua. Mamá se preocupa. Ayer escuché que habló con papá. Ella no entiende por qué me pongo cada vez más triste. Me da pena decirle que es porque no sé a dónde se fue la memoria de Mamaíta. Siento vergüenza decirle que todos estos días he buscado sus historias entre los hoyos de las paredes de su cuarto, donde tanto tiempo pasamos acostadas en la cama mirando sólo el techo. O escuchando La Hora Nacional. O contando nuestros secretos. O preguntándome qué haría cuando yo fuera grande y ella estuviera muerta... Como ahora. ¿La memoria se va también al cielo o se queda enterrada, atrapada entre tanta piedra?

—¿Y qué pasó después, Mamaíta? ¿Por qué tuvieron que irse de esa casota tan lujosa?

—El esposo de mi mamá no era bueno. Nunca trabajaba. Se llevaba el dinero que mi mamá había ganado para nosotros. La hacía llorar a veces porque escuchaba que él

andaba con otras mujeres. La dejaba sola con nosotros, aunque para mí estaba mejor que él se fuera y se perdiera por unos días. Esto que te voy a contar es muy triste. Extraño mucho a mi mamá, aunque soy una viejita tengo ganas de abrazarla, de verla de nuevo envuelta en su rebozo de colores... Prométeme que si me ves llorar no se lo dirás a nadie.

—Mamaíta, yo seré como tú, siempre me acordaré de mi mamá, hasta cuando ya sea viejita con bastón. Como tú. Y me acordaré de ti también, porque eres mi mamá grande.

—Yo también pensaré en ti todos los días, mi niña. Pronto serás grande y te darán ganas de irte lejos. A lo mejor para ser una cantante famosa o una bailarina de gran prestigio.

—O a lo mejor sólo para ser una mujer con ganas de ver todo el mundo...

—Te irás y sé que no volverás, porque tienes alma de paloma, como te decía tu abuelo.

—Pero las palomas sí vuelven, Mamaíta, y yo volveré para verte siempre y contarte todo...

Ayer cerraron la puerta del cuarto de Mamaíta. A veces, cuando más me pongo triste, me quedo sentada en el piso con la oreja pegada a la puerta, para ver si logro escuchar alguna de sus historias, para saber si ahí se quedó clavada toda su memoria de elefante. Me quedo dormida y nada escucho. Por eso no tengo ganas de regar las plantas, ni llorar quitando las hojas secas a los helechos, como lo hace mi mamá cuando papá llega tarde. ¿A dónde te fuiste, Mamaíta? ¿A qué parte se fue a volar toda tu memoria?



—Mira, mi niña, te voy a contar por qué nos tuvimos que ir de esa casota, y cómo fue que nos vinimos a este pueblo, que no era mi pueblo pero que ya lo quiero tanto. Todo empezó porque el esposo de mi mamá era malo. Mi mamá iba a tener otro niño y tenía la barriga muy gorda. El esposo dijo que él se haría cargo de todo, pero mentía, aunque nadie sabía nada. La noche del parto llegó con una señora, dijo que era quien atendería a mi mamá y recibiría al bebé. Todos creímos que así sería y la dejamos sola con esa señora. Amanecía cuando nos dijo el señor que mamá había muerto, pero que el bebé había logrado sobrevivir. Yo no le creí, y presentí algo malo. Desde ese día el esposo de mi mamá se puso más enojado que nunca, y un día de madrugada nos corrió a mí y a mis hermanitos. Yo llevaba entre mis brazos al recién nacido, y tiempo después le puse Jorge. Luego supimos que el señor vivía en la casona con la señora que había atendido el parto...

A lo mejor mi mamá presentía su muerte desde antes, porque una vez me dijo que si pasaba algo malo tomara unas escrituras escondidas de una casa que tenía y me fuera a vivir ahí, lejos de ese señor. Me dijo cómo llegar a este pueblo donde estaba la casa, y me dejó claro, con insistencia, de que sólo aquí podría estar a salvo de ese hombre malvado.

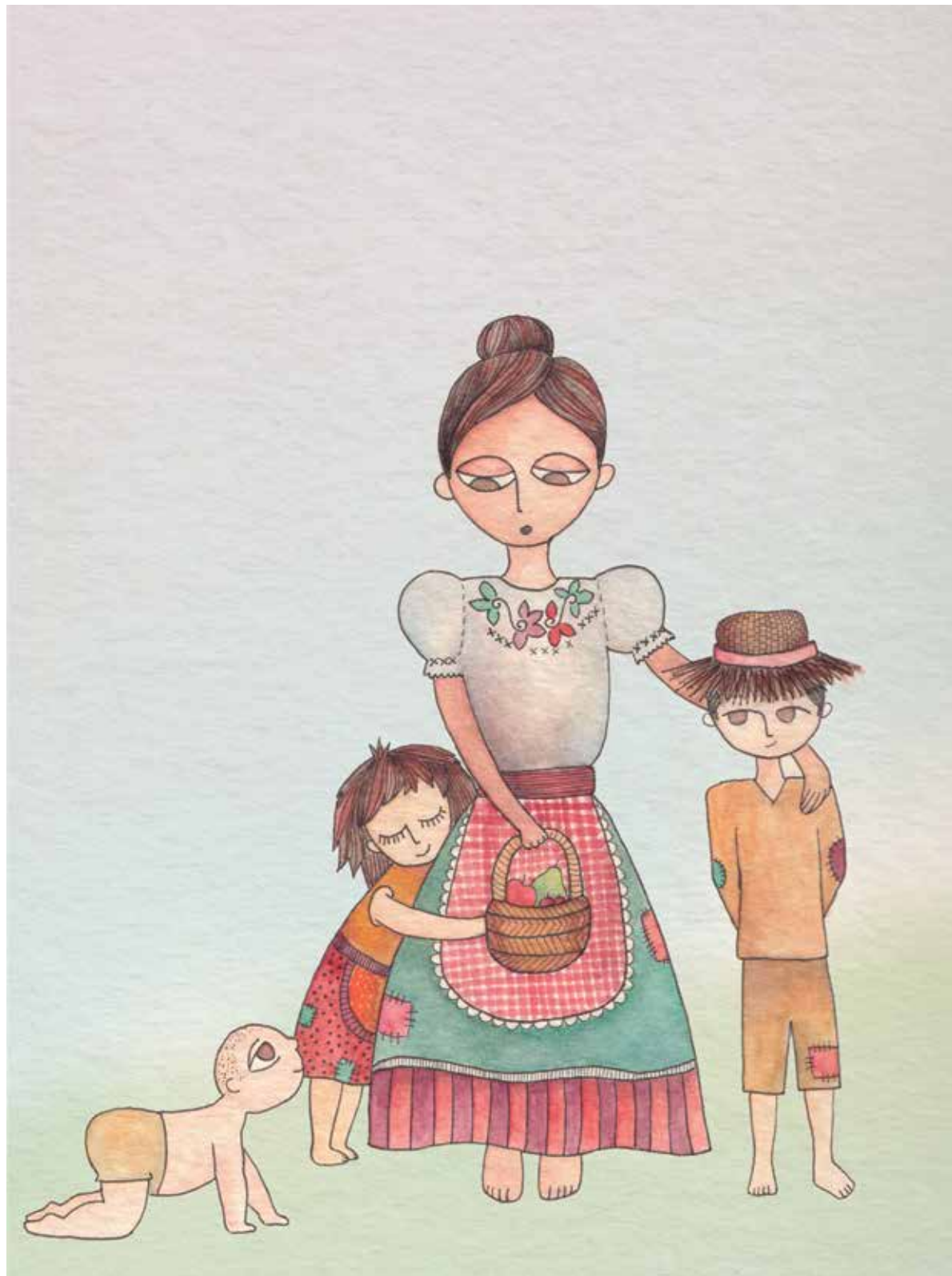
— ¿Y qué pasó con ese señor que era el esposo de tu mamá?

— Nunca supimos nada de él... Bueno, años después, ya cuando éramos grandes, supimos que se hizo pobre, y después de vagar por las calles, abandonado, como pordiosero, se había vuelto loco y muerto en La Castañeda, un lugar para la gente loca de México.

8. UNA NUEVA VIDA en un pueblo diferente

—LLEGAMOS A ESTE PUEBLO un día con mucho frío. Llevaba a mi hermanito bebé bien tapadito con mi rebozo. Mis hermanos no entendían mucho, pero ya les había contado que ahora viviríamos en este pueblo tan diferente a la Ciudad de México. Les dije que ya no irían a la escuela, que sí tendríamos dónde vivir, pero que por lo pronto no tendríamos buena comida ni dinero para pagar clases de canto. Ellos preguntaban por mamá, ¡y yo sin saber qué explicación darles! Sólo les decía que ya nunca más la veríamos. Nadie preguntaba por el señor papá de ellos, y así estaba mejor que fuera...

Me da miedo pensar que la memoria de Mamaíta se escapó por la puerta grande del olvido. Sin remedio para atraparla y ponerla en una jaulita dorada, como pajarito brillante. Tiemblo al pensar que a lo mejor tía Lupe la secuestró para que yo nunca le encontrara, para que nunca más la tuviera cerca. Si es así debo hacer algo para liberar la memoria de Mamaíta, no permitir que tía Lupe la tenga bajo llave en algún lugar feo y oscuro. Desde que Mamaíta estaba con nosotros notaba que tía Lupe algo tramaba. ¿Por qué entonces se paraba detrás de la puerta para escuchar lo que hablábamos? Seguro quería averiguar cómo capturar al pájaro blanco de la memoria.



—Mamaíta, ¿cómo lograste entrar a la casa aquí en el pueblo? ¿También traías la llave?

—No, tuve que pedirle a un señor que me ayudara a abrir la puerta. Cuando entramos todo estaba sucio, así que entre todos tuvimos que limpiar la casa. Como no teníamos nada qué comer, ese señor nos dio un poco de comida. Le conté por qué estábamos ahí, le dije que nos había echado a la calle el esposo de mi mamá, que no era mi papá, sólo de mis hermanitos. Le conté cómo nos había quitado todo y cómo descubrí que la mujer ésa había puesto una almohada en la cara de mi mamá, después de que ella había tenido a mi hermanito pequeño. Él se entristeció y le salieron lágrimas largas de sus ojos. Desde entonces el señor nos ayudó mucho, y se convirtió en un gran amigo de nosotros. Pero no toda la gente del pueblo nos ayudó. A muchos no les gustó que nos hayamos venido para acá, y por eso todas las noches aventaban piedras en la puerta de nuestra casa. Nos asustábamos mucho, pero yo siempre tuve valor para defender a mis hermanos...

Mi mamá me ha dicho que nadie puede secuestrar la memoria, que la memoria se queda volando en el aire o metida entre las hojas de las plantas, pero que nadie nunca podría capturarla y hacerle daño. Yo no estoy segura de eso, porque ayer por la tarde vi cómo la tía Lupe se metía al cuarto de los cachivaches y hurgaba entre cajas sucias. No sé por qué, pero desde mi corazón sentía que ahí estaba la memoria de Mamaíta, pero como no tenía muchos amigos, porque los que tenía sus papás les pegaban mucho y no los dejaban salir, me ponía triste porque nadie entonces me ayudaría a

rescatarla. Estaba sola en el mundo, sin amigos, sin Mamaíta, sin La Hora Nacional, sin el general Zapata, sin máquinas de coser como premio... ¡y sin la memoria que yo más quería!

—Aquí en el pueblo todo fue difícil al principio. Muchos no creían que eran mis hermanos, como yo ya era muchacha pensaban que eran mis hijos. A la gente no le gusta que las mujeres solas tengan hijos, sin un marido a lado, ¡pero yo no le daría explicaciones a nadie! Por eso me costó mucho adaptarme a este lugar. Hasta que con el tiempo la gente nos quiso y nos tomó en cuenta como parte de la comunidad. Sin embargo yo seguía extrañando a mi mamá. Me daba tristeza no saber qué había pasado con ella, dónde la habían enterrado. ¿Sabes? Las viejitas como yo también soñamos con nuestra mamá, así como lo hacen cariñosamente ustedes los niños.

9. AL RESCATE DE LA MEMORIA

ME LEVANTÉ DECIDIDA a rescatar la memoria de Mamaíta. Le pedí a *Payaso* que me ayudara a vigilar, mientras yo me metería por la ventana al cuarto de los cachivaches. Pero no le interesó a *Payaso*, y sólo se lamió los bigotes sin hacer ruido. Pensé que si le ponía su capa y un pequeño antifaz podría parecer un superhéroe y sentirse más interesado, con energía para ayudarme al rescate. Pero no, no le interesó. Cuando intenté ponerle un casco de futbol americano, unos que vendían con helado dentro, se enojó y me arañó por todos lados. ¿Por qué se enojan tanto los gatos? Quizá porque a ellos les gusta mucho la libertad, ¡sin órdenes ni nada! Así que tenía que arriesgarme yo sola. ¿Y si me descubriría tía Lupe allí dentro? ¿Qué haría? Seguro me iba ir muy mal. Pero yo tomaría rápidamente la memoria de Mamaíta, la guardaría en la bolsa de mi vestido, y me iría a vagar con los gitanos húngaros para que nunca más nadie me encontrara. Me pondría una gran falda larga, una blusa de holanes, llenaría mis brazos de pulseras y andaría por el mundo leyendo la mano de las personas, y cuando tuviera alguna duda le preguntaría a la memoria de Mamaíta, ¡como si fuera mi pequeña bola de cristal! ¡Así mostraría la memoria de mi abuela a todo el mundo!

¿Y si no estaba en el cuarto de cachivaches qué iba a hacer? Me pondría de verdad muy triste si no la encon-

trara, si descubriera que tía Lupe la destruyó, o la echó a la licuadora para molerla y después vaciarla por la coladera del fregadero. ¡Ay no! Mi corazón se haría pequeñito de pura tristeza. Pero eso me dio más valor, así que esa misma tarde decidí buscar lo que tanto deseaba.

Llegué a la casa de tía Lupe, la que antes era de Mamaíta. Abrí la puerta lentamente, arrastrando despacio la silla de mimbre con la que cerraban la puerta, sin que nadie me viera entrar. Caminé de puntitas, levantando mi vestido rojo con los dedos. No quería que nada se escuchara, como si yo fuera un fantasma totalmente transparente... bueno, los fantasmas ya son transparentes, pero qué importa, ¡yo tendría el poder de ser más transparente que ningún otro!

Al llegar descubrí que la puerta de los cachivaches estaba abierta. ¡Así todo sería más fácil!, ¡genial! Entré, todo estaba oscuro. ¿Cómo vería entonces?, ¿cómo sabría si estaba ahí la memoria?, ¿qué tal si la confundía con un zapato viejo o con una rata gorda dientona? Me quedé quieta para ver si podía escuchar algún ruidito que hiciera la memoria. O para ver si veía su brillito luminoso debajo de alguna cosa. Lamenté que *Payaso* no hubiera venido, él tiene buen olfato y podría olerla aunque estuviera bien oculta. ¡Pero nada! Sólo oscuridad por todos lados, y nada de memoria. ¿Cómo tendría que hacerle para descubrirla? Levanté todas las cajas. Metí mis manos en cada una de ellas. ¡Puro polvo y trapos viejos! Estaba muy triste, ¿qué iba a hacer yo sin la memoria de Mamaíta? ¿Cuántos años tendría que vivir sin la memoria que tanto me había hecho feliz a pesar del humo de los faritos? ¿Cuántos niños estarían como yo hurgando por todos lados en busca de la



memoria de sus abuelos? ¡Aish, aish!, ¿por qué tengo que ser una niña tan preguntona?

Estaba totalmente desconsolada, sin esperanza de encontrarla, cuando de pronto vi un puntito brillante al fondo de una caja. Abrí grandemente los ojos. ¿Qué será? ¡Tendría que saberlo de inmediato! A lo mejor sería, ¡por fin!, la memoria que tanto había buscado. Metí con rapidez mis manos a la caja, como si me lanzara a un súper pastel de chocolate. ¿Pero qué es esto?, me dije con extrañeza. No era la memoria de Mamaíta. ¡Era la peineta de carey que tantos años había llevado prendida a su pelo! ¡Y lo que iluminaba era el brillantito que tenía enfrente!

De pronto, una voz aguda gritó con gran alboroto, preguntando quién estaba ahí, hurgando las cosas que a nadie le importaban. Me quedé calladita, sentada en cucullas, entre unos guacales mugrosos. La voz volvió a preguntar quién estaba ahí. Pensé que entrarían con una escoba a pegarme, lanzando golpes como queriendo aplastar ratas. Era la tía Lupe, sin duda, y me puse triste al pensar que me atraparía sin que nadie se enterara. Quizá me echaría a la olla del atole, quizá me doraría en naranja como a los buñuelos. ¡Qué terror!

Después de unos minutos se dejó de escuchar la voz, y yo comencé a asomar poco a poco las narices. ¡No había nadie! Ahora me sentía feliz, feliz, ¡tenía la peineta de Mamaíta! ¿Y si la memoria se había convertido en peineta para que yo la encontrara y pudiera llevarla en mi cabello?

10. CUANDO YA NO ESTÉ CONTIGO

AHORA TENÍA LA PEINETA DE MAMAÍTA. La coloqué en mi pelo tal como ella lo hacía, y me juré que jamás en la vida me la quitaría... bueno, sólo para bañarme, no quería que se me hiciera fea con el agua. No importaría si tía Lupe me la veía. Le diría que Mamaíta me la había regalado. Pero de todas formas seguía triste. Había conseguido su maravillosa peineta, recuerdo de cuando su mamá todavía estaba con todos, de cuando eran felices en la Ciudad de México, ¿pero la memoria?, ¿a ella cuándo la recuperaría?, ¿a poco la memoria podría transformarse en cosas, o en peineta? Ese día de todas formas no quise comer nadita. Mamá me rogaba que tomara un poco de leche con pan. No quería. Me daba chayote con azúcar y no probaba bocado. Sin la memoria de Mamaíta nada se me antojaba.

Salía a la calle a sentarme a la banqueta, pero sin jugar, sólo encogía los pies para que las bicicletas no me los pisaran. Se acercaban los perros a olerme, quizá olfateaban mi tristeza. Quizá.

—Mi niña paloma, ¿qué harás si yo un día me muero?, ¿me vas a recordar?, ¿vendrás de nuevo a mi casa a buscarme?

—Mamaíta, yo no sé qué es eso de morir. No entiendo qué pasa con las personas, qué pasa con todos los recuerdos y con los días felices que se fueron acumulando.

—Ni yo lo sé, pero a lo mejor lo sabré muy pronto. Me siento más cansada cada día.

—No quiero pensar en eso, Mamaíta, porque me imagino en un mar de lagrimitas frescas cubriéndome hasta el cuello. Mejor no pensemos...

Unos días después se llevaron a Mamaíta al hospital. Dijo mamá que estaría allá un par de días porque la revisarían con detenimiento. Sentí que mi corazón se hacía chiquito. Más pequeño que los barcos de papel que hacía en la escuela, cuando la maestra me aburría y no me daban ganas de hablar con nadie.

—Mamaíta, yo te buscaré siempre. En las noches, cuando esté acostada en mi cama, abriré los ojos en la oscuridad. Pronunciaré tu nombre hasta que me quede dormida. Si la noche es larga entonces prenderé el radio como tú lo haces para escuchar las canciones que más te gustan.

—¿Quieres que prendamos el radio? A tu abuelo Julián le encantaba hacerlo también. Le gustaban las radionovelas y los corridos, como el de Juan Charrasqueado. A veces le gustaba leer mucho. Él no fue nunca a la escuela, pero cuando iba a dejarles el almuerzo a los niños del amo escuchaba por la ventana las lecciones, y así fue como poco a poco, escribiendo en la tierra con una vara, aprendió a hacer las letras, a conocerlas y leerlas. Eso sí, practicó mucho con un periodiquito que llegaba al pueblo. Tiempo después, cuando nosotros apenas luchábamos por la tierra, era él quien escribía las cartas a las autoridades. Escribía tan bien que la Ley Agraria nos hizo justicia.



—Mamaíta, no quiero escuchar el radio, mejor quiero tus historias. Me encanta ver cómo se mueve tu boca arrugadita cuando te emocionas por lo que cuentas.

—Te voy a contar que los amos repartieron la tierra, pero no les gustó que esto sucediera. Una vez, tu abuelo y yo estábamos sembrando cuando pasó el amo Samuel

Vizcaína. Iba montado en su caballo. Se acercó a nosotros levantando una polvadera. Cuando estuvo cerca nos preguntó con burla e ironía: “¿Cuánto les costó la tierra? Seguro les costó mucho, ¿verdad, Julián? Si son unos rateros, ¿estas tierras eran mías!”. Tu abuelo Julián era muy sereno, nunca peleaba, y le respondió: “Don Samuel, fíjese que sí, esta tierra me costó mucho, me costó años de lucha y de espera por justicia. Mire, esta tierra la comencé a pagar desde que era niño, desde cuando usted me explotaba sin pago alguno, y hasta ahora la recibo. Después de años de explotación, apenas me entregan por fin mi tierra. Esta tierra la pagué con mi sudor diario, se la pagué completita, y se la pagué de más. Así que salga de mi propiedad si no quiere que me lo truene”. El señor Samuel, ya no le decíamos amo, se arrancó enojadísimo.

—La vida ya era diferente, Mamaíta. Nadie tenía por qué decirle amo, el general Zapata ya había luchado para que nadie fuera amo de nadie.

—¿Te sientes mal, Mamaíta?, ¿te duele algo?, ¿quieres que te haga un café, que te ponga una tortilla en el comal hasta que se ponga tostadita?

La memoria de Mamaíta se fue apagando, al igual que mi gusto por los zapotes negros de la huerta. Se la llevaron, entonces, al hospital. Yo me quedé sin ganas de moverme. Sola. Sin Mamaíta. El columpio se quedó solo, y la memoria totalmente perdida. No iba a estar ya nunca más conmigo. ¿A dónde se va la memoria cuando las personas mueren? ¡Ay!, ¿por qué seré una niña tan preguntona?

11. LA MEMORIA QUE NO VUELVE

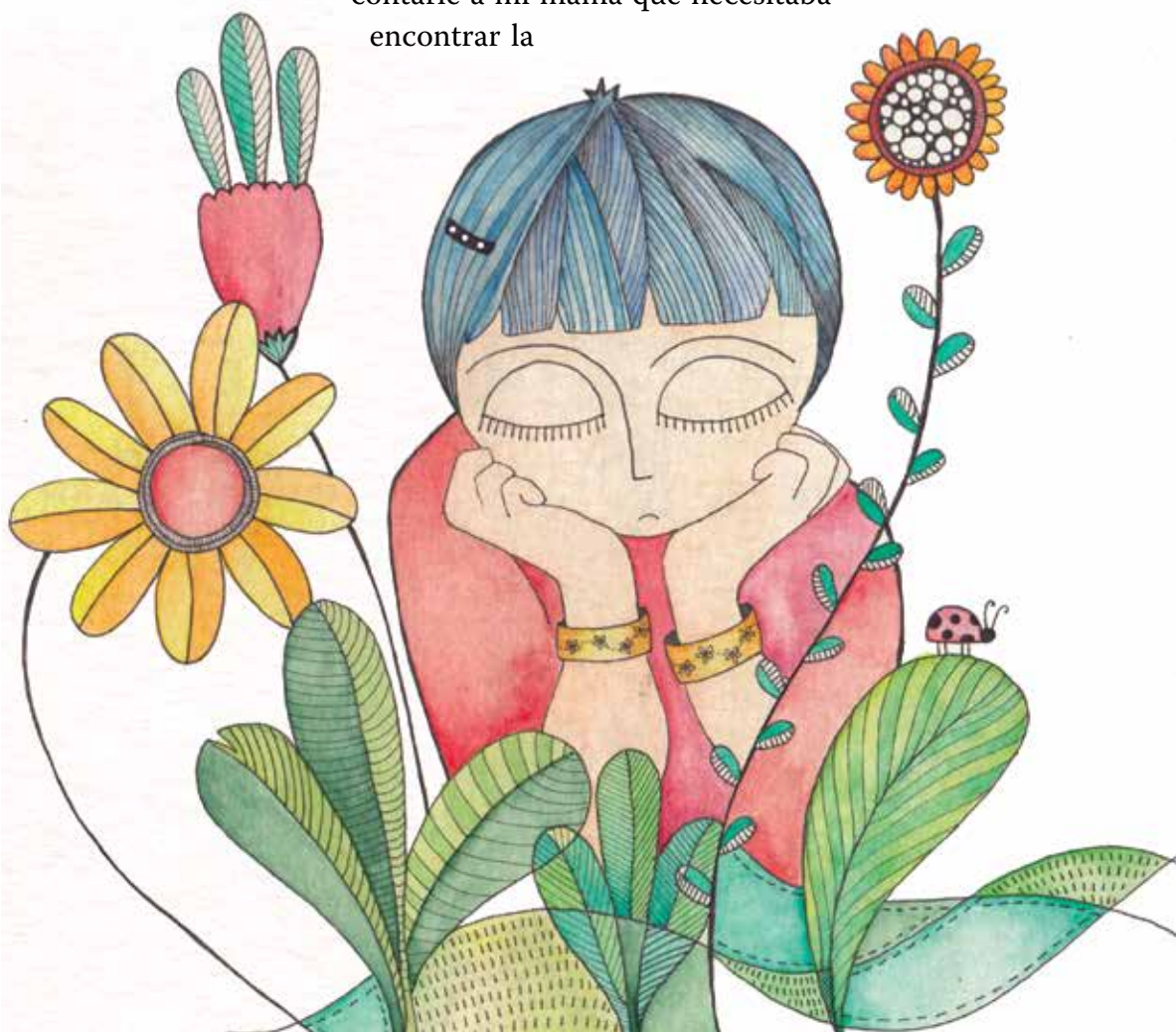
LA NOCHE QUE DESAPARECIÓ MAMAÍTA fue fría. Llovió fuerte y por mucho tiempo. ¿Por qué cuando las personas se duermen para siempre tiene que llover tanto? Mamá se acercó a mi cama para decirme que todo estaría bien, que pronto volvería a jugar al aeroplano con los niños, que estaría alegre y fuerte de nuevo para saltar la cuerda. Pero ella en realidad no sabía lo pequeñito que estaba mi corazón, lo flaco que se iba haciendo sin Mamaíta, sin su memoria. El corazón cada vez más flaco y mis preguntas cada vez más gordas.

Si tía Lupe no la tenía, ¿dónde estaba, entonces, la memoria?, ¿a qué lugar oculto se había ido? ¿Por qué los niños no podemos entender dónde se oculta la memoria de las personas que se van lejos? ¿A dónde se van las personas?, ¿de veras se van al cielo?, ¿o será simplemente que se quedan ahí, inmóviles, pudriéndose como lo hacen los perros atropellados en la calle? Yo me pongo triste por todo, ¡también por los perros!, ¡por los pájaros que tiene tía Lupe en las jaulas!

Para que nadie me viera, todas las tardes me subía a un árbol a pensar por largos ratos. Siempre me preguntaba por qué tendría que tener una cabeza con tantas dudas, con tantas ganas de darle vuelta a todo. Ser tan chiquita y tan preguntona y pensativa no debe ser tan bueno, me repetía varias veces mirando el movimiento de las hojas. Pasadas

las horas mamá salía a buscarme por todos lados, gritaba mi nombre agitando los brazos, pensando que ya el viento me había llevado a otra parte. A pesar de estar triste me daba risa ver a mamá buscar con prisa detrás de los arbustos. Entonces le silbaba desde lo alto, y ella sin saber cómo rápido encontraba mi silbido y volteaba exactamente a donde estaba. Dice mi mamá que ella sabe encontrarme con un solo ruidito porque estamos conectadas.

Mientras merendaba mi leche calientita quería contarle a mi mamá que necesitaba encontrar la



memoria de Mamaíta. Sabía que si su memoria estaba a mi lado los días serían más felices, como cuando dormíamos juntas después de escuchar La Hora Nacional o después de cepillarme el cabello con su peineta tan antigua. ¡Pero cómo explicarle algo tan raro! Además, ella podría enojarse por andar hurgando sin permiso los cachivaches de la tía.

Ya es tarde y me acuesto en mi cama. *Payaso* acaricia mis pies con mucha suavidad. Me gusta su ronroneo y su carita tan cariñosa. Vuelvo a pensar y escribo en mi cabeza: “la memoria es un pájaro que emigra, pero nadie sabe a dónde”. Recuerdo a los pájaros negros que pasan por el patio de mi casa, pero ninguno se parece a la memoria.



12. LOS COLUMPIOS de la tarde

EN ESOS DÍAS DE DUELO mamá prefirió no llevarme a la escuela, ¿cómo podría concentrarme? Yo seguía triste y ella un poco preocupada. Siempre se enojaba por llegar tan callada, con mi vestido levantado para cargar dentro higos de la huerta del abuelo. Yo no decía nada, entraba a la cocina para dejar caer sobre la mesa el montón de frutitas medio negras y redondas.

Por la tarde iba a los columpios, ¡me gustaba el vaivén porque me sentía como en una ola gigante! Esperaba que los niños se fueran para acercarme con tranquilidad. Me subía despacio, un poco con miedo. Ya arriba me comenzaba a entrar una emoción muy fuerte por la velocidad. Entonces balanceaba mis piernas, adelante-atrás-adelante-atrás, ¡muchas, muchas veces, hasta que de pronto casi volaba! Con la punta de mi zapato tocaba las ramas más altas de los árboles, y el aire golpeaba mi cara con fuerza. La emoción era tanta que decidía pararme encima del columpio para sentir con más intensidad la velocidad. Por supuesto que era un acto peligroso, ¡como los malabaristas del circo! El viento me hacía feliz, me hacía recordar el olor del campo. Pero todo era muy raro, cada vez más feliz, pero también cada vez más triste. Con todas mis fuerzas gritaba: ¿a dónde te fuiste, Mamaíta? Miraba el azul del cielo buscando una respuesta, pero todo era en vano.

De pronto me daban ganas de lanzarme del columpio. Saltar con gran emoción y tristeza. ¿Para qué? No lo sé, ¡para nada, quizá! O sólo para sentir un poco lo que sienten los pájaros cuando ya es el fin. ¡Quizá! Pero claro que no me iba a lanzar, ya lo había hecho antes, ¡muchas veces!, pero odiaba los raspones, y esta vez ya no quería ninguno. Me senté de nuevo en el columpio sin dejar de balancearme. Las ramas las podía tocar no con la punta de mis zapatos, ¡sino con la punta de mi nariz! ¡Qué bien se sentía tanta velocidad en mi cuerpo! Estar en el columpio era como detener el tiempo, como si todo se detuviera por un largo rato. Me concentraba en su rechinado constante. Todo estaba bien así, en el vaivén de mi ola gigante. Dentro de mí preguntaba: “Mamaíta, ¿yo iré al mar algún día?, ¿sabré a qué saben las olas?, ¿podré volar en avión para que una niña me diga adiós desde abajo como yo lo hago cuando veo alguno?, ¿algún día creceré?, ¿me seguirán gustando las mismas cosas?, ¿te seguiré extrañando todos los días?, ¿seguiré buscando tu memoria de elefante?”.

El columpio no paraba, cada vez más veloz, ¡como mi cabeza pensando y pensando! No quería bajarme, quería seguir columpiando mis preguntas, balanceando mi tristeza de niña solitaria. No quería bajarme porque sabía que al hacerlo ya no sería la misma. ¡Sería otra diferente! Sería una niña que ha crecido hacia adentro, que se ha hecho grande sin que nadie pudiera verlo.

Ahora lo había comprendido, estaba segura de algo, si había crecido tanto era porque Mamaíta había dejado olvidada su memoria dentro de mí, como semillita perdida en la tierra.

ÍNDICE

1. Mamaíta y los recuerdos	11
2. La tarde que llegó el general Zapata	13
3. La carta para el amo	19
4. De nuevo a la hacienda	25
5. La noticia del oro	31
6. La casona en la Ciudad de México	35
7. La pérdida de todo	39
8. Una nueva vida en un pueblo diferente	43
9. Al rescate de la memoria	47
10. Cuando ya no esté contigo	51
11. La memoria que no vuelve	55
12. Los columpios de la tarde	59



Para la elaboración de este libro se utilizó
el tipo Warnock Pro.

El cuidado de la edición estuvo a cargo
de Flor Aguilera N. y Luz Verónica Mata González.

¿Qué recordarás de tu infancia cuando seas grande?

¿Qué pervivirá en tu memoria: lo vivido o lo contado?

¿Recordarás acaso la canción con la que te acunaba,
el helado de limón que te compraba en el mercado,
los columpios del parque, las guayabas de la huerta
del abuelo, los juegos con los niños del barrio,
el gato que duerme a tu lado, mis regaños,
las largas tardes llenas de historias?

¿Serán recuerdos felices o tristes los que vengan
a tu mente?

En este bello libro, Flor Aguilera N. nos cuenta
cómo rememora una niña solitaria a su Mamaíta.

La memoria es un pájaro que emigra, relato
por demás emotivo, nos hará evocar, sin duda,
los recuerdos de nuestra propia infancia.